

La Muerte le salió al paso
y así le dijo á mi niña :
—Si me das tus ojos negros
trabajaré más deprisa.

MELCHOR DE PALAU.

LOS MALOS EJEMPLOS

DE AURELIANO SCHOLL

HACE pocos días que he comprado una esfera terrestre, con ánimo de abarcar bajo mis dedos todos los puntos del globo en que la humanidad se agita. El instrumento geográfico campea sobre su zócalo, en medio de mi despacho, ostentando el fondo azul, donde se destacan los festoneados continentes, y las islas marcadas por puntos casi imperceptibles.

Arriba se vé la pequeña Europa, la extendida Asia y el busto de América. En la otra mitad la dilatada Africa, la Australia, y la América desde la cintura hasta los pies. Este último es el mayor de los continentes: divide el mar en dos partes, y recorre el planeta casi de uno á otro polo. Y sin embargo, este gran continente es el último que ha sido descubierto. Parece, por razón natural, que América debía haber sido la destinada á descubrir Europa... ¡y ha sucedido lo contrario! En ésto, como en otras muchas cosas, lo más pequeño se ha llevado la palma.

Desde que la esfera me pertenece, y tengo la totalidad de la tierra en mi gabinete, mis ideas se modifican. Mido el mar equinoccial desde Sumatra hasta Guayaquil, y me pregunto qué papel representaría el más opulento y altivo personaje de Europa si le colocaran en uno de aquellos bagios, y en qué vendría á parar el orgullo nobiliario de algunas gentes, siendo abandonadas en un témpano, en un *iceberg* al Norte del mar de Baffin. Me imagino en la tierra de la Desolación á los ricos banqueros de las ciudades más comerciales de Europa, buscando mariscos con qué saciar su apetito, y concluyendo por devorarse mutuamente...

En aquellas latitudes, los personajes más robustos y orondos adelgazarían hasta el punto de no tener más que la piel sobre los huesos; y los que acostumbran pagar al sastre cantidades anuales de diez mil francos, se consolarían allí fácilmente con una mezquina piel de carnero.

Pero, ¿hay necesidad de ir tan lejos en busca de la tierra de Desolación? No; existen muestras

de ella en todas las capitales populosas de Europa. Hay barrios tan rigurosos para la gente que los habita, como la nieve y los hielos de la Groenlandia. Lo vida es tan árida y el pan tan raro en numerosos puntos habitados por la civilizada especie humana, como en los desiertos de la Nubia y de Kalakari...

En las calles y en las plazas no solemos ver más que la parte decorativa de la sociedad. Los dramas se representan detrás de los telones; y todo lo que observamos no es otra cosa que el resultado de una pura convención.

Nos reímos de los trajes de los rajaha; ellos se reirán en cambio de algunas rarezas indumentarias usadas entre nosotros.

Hallamos estravagantes las plumas con que se adorna el guerrero africano, y nosotros atamos una cola de caballo al casco de nuestros coraceros.

El *papak* de los persas nos asombra, y nos olvidamos de los tricorpios de diversos tamaños que cubren la cabeza de respetables europeos.

La especie humana vive sometida á la vanidad donde quiere que se encuentre. El más insignificante diputado, por ejemplo, no trocaría su importancia por la de un jefe de tribu; es verdad que el jefe de tribu, á su vez, se negaría á cambiar su posición con la del diputado.

La historia misma se encarga de probarnos que todo es convencional sobre la tierra. No hay crimen ni delito alguno cuyo ejemplo no pueda encontrarse en elevadas regiones.

Y tales faltas han sido castigadas ó han quedado impunes, según el tiempo en que se han verificado y según la posición de los culpables.

Imaginemos, para aclarar este punto, un gran criminal.

Supongamos que ha sido preso y que va á ser juzgado por los tribunales.

El acusado es un hombre de cuarenta años; su fisonomía no indica la enormidad de los crímenes que ha cometido.

El juez lo interroga.

—¿Cómo os llamais?

—Pobrediablelo.

—¿Dónde nacisteis?

—En cualquier parte.

—¿Qué edad teneis?

—La de todo el mundo.

JUEZ.—Habeis recibido una educación detestable.

POBREDIABLELO.—No he recibido ninguna.

J.—¿Dónde aprendisteis los crímenes de que se os acusa?

P.—En la historia: quise instruirme, y esto es lo que me ha perdido.

J.—Citado á comparecer ante el juez de paz.

por una cuestión con vuestro sastre, os presentasteis delante del magistrado con una mujer de sospechosas costumbres, la cual en plena audiencia, soltando los botones de su bata, expuso su desnudez á todas las miradas.

P.—He leído que Frnói se valió de este medio, y esperaba, imitando este ejemplo antiguo, ganarme las simpatías del tribunal.

J.—Pero esto no es mas que un detalle, y únicamente lo he citado con ánimo de recordar vuestra inmoralidad.

Pasemos á los pormonores de la acusación. Habéis encerrado en una casa aislada á toda una familia, y habéis degollado al abuelo de 92 años de edad; al marido, á la mujer y tres niños. ¿Qué tenéis que alegrar en defensa vuestra?

P.—Que eran protestantes. Yo creí que hacía un bien imitando á Carlos IX y á Catalina de Médicis, los cuales no fueron perseguidos por la justicia.

J.—Después de esto, hicisteis una hoguera y arrojasteis á las llamas á una joven y fiel sirvienta...

P.—Era una hereje; me había dado varios golpes, y me propuse hacer con ella lo que hizo un prelado muy distinguido con la doncella de Orleans, y lo que la Inquisición española practicó con la solemne aquiescencia de todas las autoridades.

J.—Un año después tuvisteis un pleito con un pariente. Os disputabais una herencia. Atragisteis con maña á vuestro competidor á una casa situada en medio del campo, y allí lo mandásteis asesinar por dos pastores de vacas.

P.—Había leído que Enrique III hizo eso mismo con el dñque de Guisa.

J.—Erais católico de nacimiento, y deseando contraer matrimonio con una israelita abjurasteis vuestras creencias y os hicisteis judío.

P.—El amable Enrique IV dijo que París valía bien una misa; á imitación suya pensé yo que las riquezas de la israelita valían bien... abjuración.

J.—Teniais un hijo de vuestro primer matrimonio.

P.—Es cierto.

J.—Y una vez casado en segundas nupcias lo matasteis de un sablazo.

P.—Quería hacer reparaciones en mi propiedad y mi hijo se oponía. El tenía algún derecho como heredero de su madre: cuando ví que no había medio de hacerle entrar en razón lo condené á muerte. Esto es lo que había hecho antes que yo Pedro el Grande, y el ejemplo me pareció digno de imitación tanto más cuanto que mi hijo se llamaba Alejo lo mismo que el czar de Rusia.

J.—Por aquella misma época envenenasteis á la mayor parte de vuestros parientes

P.—Alejandro VI es quien me inspiró esta idea. Deseaba agrupar las fortunas diseminadas en mi familia.

J.—Estais manchado con todos los vicios. Habéis cometido toda clase de crímenes...

P.—Mis aficiones históricas me han llevado á este punto... He leído en el historiador Mardoche que *Enrique VIII fué viudo de siete reinas, y mató dos cardenales, diez y nueve obispos, sesenta y un canónigos, etc.* Conozco mi inferioridad; ¡no podré llegar nunca á la altura de Enrique VIII!...

La audiencia se suspende.

El tribunal, después de una corta deliberación, condena á Pobrediable á la pena de muerte.

*
**

Entre tanto, yo hago girar febrilmente la esfera. Los montes de la Luna, la corriente de Malabar, Ceilán, Java, Borneo, la Nueva Celedonia, la corriente de Méjico, el Perú, el Brasil, el Atlántico, el Congo, Mozambique, Madagascar y el mar de las Indias pasan vertiginosamente ante mis ojos.

¡Dos veces ha girado la esfera terrestre alrededor de su eje y ni si quiera me he apercibido de la existencia de Europa!

J. MARTÍ FOLGUERA.

EL REY DE LA CREACIÓN

FÁBULA

CONTEMPLANDO un fanfarrón
la Naturaleza un día,
«Yo soy—entre sí decía,—
el rey de la Creación.

«Para mí de verde alfombra
abriéndose el campo va,
y para mí el árbol da
dulce fruto y fresca sombra.

«La madre naturaleza,
para recreo y sustento,
me dió animales sin cuento
con asombrosa largueza.»

En esto salió un león
de la selva, de repente,
y se comió lindamente
al rey de la Creación.

JOSÉ ESTREMERÁ.